

## **BAUMAN, AMBIVALENCIA Y DESPUÉS. SUS DESCONTENTOS Y LOS NUESTROS**

**Adriana Marrero y Nicolás Trajtenberg<sup>14</sup>**

### **1. Introducción**

La siempre modesta pero útil meta de ordenar y sintetizar las ideas clave que caracterizan de modo más relevante el pensamiento de un autor, se vuelve en ciertos casos una tarea compleja, sino imposible. Bauman parece ofrecernos un caso paradigmático. Este sociólogo polaco, que bien podríamos caracterizar como ensayista, filósofo o historiador, nos pone en un aprieto a la hora de intentar seleccionar sus aportes claves. Muy lejos se encuentra de constituir el tipo de académico ortodoxo encasillable dentro del *mainstream* de las ciencias sociales.

En primer lugar, tiene una curiosidad, al parecer ilimitada, y ha tendido a vagabundear intelectualmente a lo largo y ancho de tópicos tan variados como dispares: globalización, exclusión, ética, modernidad y postmodernidad, la felicidad, el Estado y la política, socialismo y marxismo, el mercado, la cultura, la guerra, la hermenéutica en ciencias sociales, y muchos otros.

En segundo término, su estilo de construir sociología es fuertemente ensayístico y narrativo, perlado de figuras literarias y altamente metafórico. Quizás por eso, es frecuente que ideas y enunciados que a primera vista parecen claros, vean desvanecer su nitidez apenas intentamos asirlos y utilizarlos, con lo cual merma, en igual grado, la capacidad descriptiva de sus argumentos y las conexiones lógicas entre ellos.

Por último, nos resulta difícil e incluso puede parecer contradictorio pretender realizar con las ideas de Bauman, un esfuerzo tan explícitamente moderno como es el ordenamiento, la

---

<sup>14</sup> Departamento de Sociología, Universidad de la República, Uruguay.

clarificación y la clasificación, cuando él mismo cuestiona fuertemente las ideas clave del proyecto ilustrado moderno (orden, racionalidad, estabilidad, certeza), cuando no, incluso, su propia relación con la comunidad científica a la cual, no obstante pertenecer como sociólogo, parece no valorar realmente.<sup>15</sup>

Nos hemos propuesto, sin embargo, convertir la dificultad en desafío y procurar llevar adelante tres objetivos: i) sistematizar algunas ideas claves que parecen officiar de columnas vertebrales del pensamiento de Bauman, al menos de los últimos veinte años de su producción académica –como son los conceptos de orden, ambivalencia, modernidad líquida, el estado y el rol del intelectual, la exclusión en la globalización y la doble metáfora (turista – vagabundo), el productor y el consumidor, y la comunidad; ii) analizar qué lugar juega la educación en la visión que Bauman posee de la sociedad actual; iii) y finalmente, proponer algunos comentarios críticos sobre la perspectiva del autor.

## 2. Orden y ambivalencia

Para Bauman la modernidad como proyecto ha estado guiada desde sus inicios por la *preocupación por el orden*. El mundo, la política, la filosofía, el saber científico, y más específicamente, la ciencia social, todos ellos son parte del mismo proyecto: lograr construir un relato ordenado, preciso y unívocamente referido. Clasificaciones claras, identidades inequívocas, tipologías definidas, categorías que refieren sin ambigüedades a un fenómeno y no a otro; en una palabra, parece evidente que en tanto «modernos», hemos de ser capaces de nominar y clasificar todo cuanto nos rodea. Esta omnicompreensiva pretensión nominativa y clasificatoria es ilustrada por Bauman con la imagen de un gran fichero que incluye una ficha específica y separada para cada uno de los términos del mundo<sup>16</sup>.

Al excluir explícitamente la arbitrariedad y la contingencia, se logra construir una descripción del mundo previsible y estable donde la explicación del presente y la predicción del futuro son metas no sólo deseables, sino también posibles. Todos nuestros relatos, cálculos y estimaciones se apoyan en este escenario previsible, donde es factible vincular significativa y monótonamente, pasado, presente y futuro<sup>17</sup>. Naturalmente, la obsesión por el orden tiene implicancias no sólo en términos de la mirada, sino también en términos de cómo intervenimos y actuamos en el mundo; el orden como sustento para la manipulación, ingeniería y el diseño del mundo<sup>18</sup>. En este sentido, la *ambivalencia* y el caos constituirían el grano de arena en el engranaje perfecto de la «maquinaria moderna», ya que, como es evidente, imposibilitan el logro de nuestras metas más preciadas: observar el mundo e intervenir en él.

<sup>15</sup> Beilharz cita una anécdota que es ilustrativa del tipo de relación distante que mantiene Bauman con la comunidad sociológica. En una ocasión, dicho comentarista le preguntó a Bauman si iba a concurrir a uno de los congresos anuales más importantes de la sociología (ASA). Ante lo cual, Bauman respondió: «¿Para qué? No tengo nada para vender, ni tampoco estoy buscando nada para comprar». Beilharz, Meter (2001); pag. 420.

<sup>16</sup> Bauman, Zygmunt (2005); pag. 20.

<sup>17</sup> Bauman, Zygmunt (2005); pag. 20 – 21 y 23.

<sup>18</sup> Bauman, Zygmunt (2005); pag. 25 y 27.

Bauman no puede ser más claro en esto, y califica de *imposible* el propósito del orden. El referido archivador es una completa quimera; la conexión unívoca y ordenada entre objetos y categorías es una imposibilidad estructural del lenguaje, en tanto posee como cualidades inherentes el desorden y la ambivalencia<sup>19</sup>. Inclusive, el perseguir denodadamente dicha meta, buscando clasificaciones y denominaciones más precisas, genera como efecto perverso mayores grados de ambivalencia<sup>20</sup>. Y es que la modernidad no puede evitar generar ambos «*output*»: por un lado, el orden como producto buscado y legítimo, y por otro lado, su gemelo no deseado, «el desecho»: la ambivalencia. Lo interesante de este proceso es que ambos –orden y ambivalencia– forman parte del mismo intento moderno de producción del orden y de supresión de la ambivalencia<sup>21</sup>. La contingencia de los hechos se traduce en que la propia noción de causalidad parece volverse escasamente operativa para una experiencia que es, realmente, postmoderna. Dada la incertidumbre y complejidad del escenario en el que nos toca vivir, resultaría cada vez más complejo lograr determinar si los eventos son meros accidentes o productos inevitables de las circunstancias<sup>22</sup>.

En este sentido, la percepción y experiencia subjetivas parecen no reflejar o corresponderse bien con ese mundo ordenado y clasificado nítidamente. Y en todo caso, lograr esa correspondencia sólo es posible a un costo excesivamente alto: excluir –como trasgresor– todo pensamiento asociado a la aleatoriedad, al caos o la incertidumbre. Como reconoce el propio Bauman, esto es revitalizar los postulados originales de la Escuela de Frankfurt. Más precisamente, la crítica realizada por Adorno y Horkheimer a la ilustración y al liberalismo como forma enmascarada de autoritarismo e intolerancia frente a lo diferente y a lo indefinible, es decir, a lo que es parte de lo inherentemente humano.

El postmodernismo ofrecería una alternativa ya que no sólo acepta la diferencia, sino que además celebra y fomenta la heterogeneidad y la diversidad. Buena parte de lo que parece unívoco u homogéneo, en realidad posee una realidad más profunda bajo la cual se esconden múltiples y diversas ideas y sentidos. Y es justamente en este tipo de realidades donde aflora la opción, la contingencia, lo aleatorio, y en definitiva, la libertad de los agentes. Si esto es así, la oposición entre orden y caos es en realidad un falso antagonismo. La postmodernidad como contrapartida de la modernidad, puede ser contingente, incierta, e imposible de ser unívocamente referida, pero no está necesariamente asociada al caos y al desorden.

Consecuentemente, lo central de la época que nos toca vivir, no es tanto un cambio de circunstancias, sino un cambio en la mirada o en la forma de experimentar y vincularnos con el mundo. Según Bauman<sup>23</sup>, el descontento o desilusión que caracteriza el sentir actual se debe a una era que no sólo no logró satisfacer las promesas modernas (una sociedad ordenada, racional y segura) sino que fue el escenario donde la libertad encontró un terreno fértil para poder desplegarse radicalmente. Esa ruptura con las tradiciones, jerarquías y reglas habilitó a que los individuos pudiesen ejercer las libertades, formas de expresión y desarrollo de identidades a niveles nunca vistos antes. Pero al mismo tiempo, generó miedos y descontentos: el mundo es ahora mucho más inabarcable, menos delimitado, menos seguro. ¿A que aferrarnos para lograr

<sup>19</sup> Bauman, Zygmunt (2005); pag. 19.

<sup>20</sup> Bauman, Zygmunt (2005); pag. 20.

<sup>21</sup> Bauman, Zygmunt (2005); pag. 37.

<sup>22</sup> Bauman, Zygmunt (1997).

<sup>23</sup> Bauman, Zygmunt (1997).

reconstruir el mundo como un relato coherente y provisto de certeza? Más aún: esta sensación de angustia no es un elemento circunstancial, sino que es un rasgo permanente y característico de las sociedades actuales.

### 3. La modernidad líquida

Las *metáforas líquidas* o acuíferas que usa Bauman, sintetizan y retoman los elementos más característicos de la experiencia actual: ambivalencia, incertidumbre, indeterminación de las formas<sup>24</sup>. «*Lo líquido es aquello que no puede conservar la forma y lo cambia a la mínima presión*»<sup>25</sup>. El carácter líquido apunta al carácter inestable y amorfo de todo lo que nos rodea, y que aniquila la esperanza de encontrar puntos o marcos de referencia mínimamente estables. Nos movemos nosotros y se mueve el mundo y sus instituciones. Tal es la velocidad y el vértigo que caracterizan a dicho movimiento que la reflexión, la planificación, el cálculo a largo plazo son crecientemente desplazados. Simplemente hemos de circular y cada vez más rápido, para no perder el tren, para no caer, sin tiempo de medir y prever los efectos de dicho desplazamiento. Citando a otro autor (Emerson), Bauman compara la vida en la modernidad líquida a patinar sobre una delgada y quebradiza capa de hielo: salvarse o no depende de la rapidez con la que la atravesemos<sup>26</sup>. La actitud más racional, o tal vez la única disponible es asumir una actitud *surfista* en relación a los escollos de la vida social<sup>27</sup>. No existe una condición, una forma o un estado claramente definible, todo es un proceso y un fluir amorfos y continuos. Toda forma que intentemos preestablecer es una «mera foto instantánea» que no capta lo esencial: las formas estables y perdurables en la actualidad son una ilusión. La alteración radical entre el tiempo y el espacio, ya señalada por otros autores<sup>28</sup>, termina por completar la composición conceptual de Bauman en este punto.

Naturalmente, Bauman reconoce que ni el cambio ni la incertidumbre son una singularidad de la actualidad. Junto con muchos otros, el propio Bauman, recuerdan la famosa frase de Marx y Engels referida al «desvanecimiento de lo sólido» como un aspecto clave del espíritu de época moderno<sup>29</sup>. La modernidad siempre ha involucrado riesgos y el cuestionamiento permanente del sólido precedente. Pero el cambio es hoy tan veloz que se vuelve nada tiene tiempo para solidificarse. Lo social posee un nivel de fragmentación, transitoriedad y fragilidad tales, una debilidad de los compromisos, que no hay una forma estable que pueda ser erosionada, sino que están en permanente fluir y cambio. Algunos comentaristas

<sup>24</sup> Para algunos comentaristas, la «fase acuífera» marca un Bauman con mayor continuidad con la modernidad, y con mayor distancia respecto de la etapa postmoderna previa. Si bien esto es plausible, parecería que los elementos en común entre ambas etapas permiten poner entre paréntesis esta precisión.

<sup>25</sup> Bauman, Zygmunt (2005b); pag. 28

<sup>26</sup> Bauman, Zygmunt (2005b); pag. 28 – 29.

<sup>27</sup> El surf como imagen ilustrativa de la forma en como hemos de navegar por las sociedades actuales es mencionada en Bauman, Zygmunt (2004); pag. 52 y siguientes.

<sup>28</sup> Por ejemplo, Giddens, Anthony (1989).

<sup>29</sup> La cita completa es: «Todo lo sólido se desvanece en el aire, todo lo sagrado queda profanado y al final los hombres se ven obligados a afrontar con su razón las condiciones reales de sus vidas y sus relaciones con sus semejantes». No obstante, es interesante señalar que bastante antes, Hegel en sus Escritos Políticos había referido al mismo fenómeno bajo una no menos inmortal cita: «Cuando el cambio sobreviene en el mundo, la época de la tranquila sobriedad y la paciente sumisión es destruida, arrasada, porque la revolución es el vacilar de las cosas».

de Bauman han visto a la época actual como aquella en la cual los flujos y las corrientes han dejado de encontrar remanso en formas donde estabilizarse; algo que la modernidad había provisto con generosidad bajo múltiples modalidades de mecanismos de seguridad y protección<sup>30</sup>. Bajo este escenario, los riesgos se multiplican y complejizan, a punto tal que la certeza se nos aparece como una utopía, en un mundo que Bauman ha llegado a equiparar con un gran casino, en el cual todos nos vemos obligados a jugar<sup>31</sup>. Un corolario de este diagnóstico sobre un mundo incierto, contingente, en continuo movimiento es la individuación de lo social<sup>32</sup>. Poco a poco, el mundo se va desregulando, individualizando, privatizando. Los problemas y dilemas sociales son visualizados y reconstruidos como problemas individuales, y consecuentemente, sólo factibles de ser resueltos en forma personal. La licuefacción de la vida social termina derivando en el angustioso compromiso de construir individual y solitariamente nuestro futuro<sup>33</sup>.

#### 4. El Estado y los intelectuales

Sólo una vez entendida esta imagen – esperanza de mundo ordenado, sólido y racional es posible entender al **Estado**, su rol y su vínculo con los **intelectuales**. El Estado (–nación) sería la materialización de ese obsesivo esfuerzo por ordenar, categorizar y administrar a las personas y las cosas desde un determinado modelo preestablecido. Dado el tipo de fundamentos y metas planteados (genéricos y sociales) desde los esfuerzos y políticas públicas, los mismos adquieren una apariencia de racionalidad, normalidad y hasta de inevitabilidad. Es en el marco de este tipo de escenarios, donde las diferencias e identidades individuales y grupales se volatilizan o uniformizan.

Por ello, el rol de los intelectuales en la modernidad (como «**legisladores**») es ofrecer un soporte o justificación no sólo sobre la adecuación de la intervención estatal a problemas reales, sino también al carácter ético. El rol del intelectual en la postmodernidad debiera más bien ser el de «**intérprete**»: abandonar la pretensión de señalarnos como es realmente el mundo, y por ende, evidenciar la adecuación de los esfuerzos estatales. Más bien, debería asumir la inevitable existencia de múltiples miradas y modelos de lo social, proveyendo una comprensión sobre otras miradas extrañas, menos familiares, haciéndolas inteligibles<sup>34</sup>. Adicionalmente, Bauman considera como piedra angular del trabajo intelectual, la valentía de enfrentar y poner en tela de juicio el statu quo, ese ineludible «**radicalismo osteoporoso de la realidad**». No obstante, buena parte de los roles

<sup>30</sup> Es el caso de Lanceros, Patxi (2005); pag. 110. Confieso que no nos resulta del todo atractiva esta idea ya que nos parece que plantea excesiva continuidad entre épocas precedentes y la actual, y por ende dejo de ver la utilidad de caracterizar el actual estadio como líquido. Bajo esa perspectiva, lo que ocurría en estadios precedentes también era caracterizable como líquido (no como sólido), solo que encontraban una suerte de envases o recipientes donde adquirir forma. Entonces parece menos pertinente o relevante caracterizar a las sociedades actuales como líquidas

<sup>31</sup> Bauman, Zygmunt (2005b); pag. 28.

<sup>32</sup> En este sentido la mirada de Bauman es análoga a la de Beck (1985).

<sup>33</sup> Bauman, Zygmunt (2000) y (2005b).

<sup>34</sup> Bauman, Zygmunt (1987) en Zaretsky, Eli (1992); pag. 1520.

y funciones que los intelectuales de la actualidad (expertos, académicos o estrellas mediáticas) han tendido a perder esta importante propiedad<sup>35</sup>.

Un ejemplo paradigmático del espíritu de la modernidad es su interpretación del holocausto judío<sup>36</sup>. Para nuestro sociólogo no hemos logrado aún realizar una adecuada interpretación de dicho fenómeno. Hemos tendido a visualizarlo como un evento desviado, aberrante; como una anomalía imprevista de la modernidad. No obstante, para él, no habría constituido ni un acontecimiento excepcional, ni un *revival* de épocas más primitivas. De hecho, - y aquí Bauman se aproxima notoriamente a la Escuela de Frankfurt y se distancia fuertemente de Elías- más bien habría sido un evento característicamente moderno y lógicamente esperable dentro de las estructuras de organización racional y burocrática de la vida social industrial moderna. Esto no equivale a señalar que la modernidad generó directamente al nazismo y al genocidio. Más bien, la modernidad opera como una condición necesaria y no suficiente<sup>37</sup>. Este fenómeno es incomprensible tanto si tratamos de entenderlo en el vacío, como si lo interpretamos como un hecho ajeno al espíritu moderno. En este sentido, es natural observar una deficiente elaboración intelectual del holocausto en tanto las ciencias sociales no son entidades ideales sino que muy al contrario, son también un producto histórico y social del mismo espíritu moderno.

## 5. Lo puro y lo impuro

En su perspectiva, la búsqueda de orden, la clasificación de las personas y cosas se apoya en la **distinción pureza – impureza**. Algo o alguien es limpio o puro cuando está en el lugar adecuado, cuando está ordenado en el mundo; a la inversa, la idea de suciedad refleja el caos o fractura en relación con mundo. De esta manera, las cosas o las personas no son esencialmente puras o impuras, sino que estas condiciones dependen de su lugar relativo. De esta manera Bauman redefine a los excluidos como el desorden de la sociedad; como *suciedad*. Y es este lugar el que define el modo como habrán de ser tratados, lo que puede asumir tres procesos diferentes: i) asimilados, restableciéndose el orden por la vía de modificar a las personas; ii) excluidos, grupos y clases de individuos son expulsados o relocalizados en ghettos; iii) destruidos físicamente. Aunque hay muchas categorías de individuos que pueden constituir una amenaza para una sociedad ordenada, hay un conjunto que es crecientemente visualizado como un claro peligro: los pobres. Como establece Bauman, el carácter peligroso de los pobres es doble: no sólo por la asociación estricta y no problematizada entre la pobreza y otra serie de conductas negativamente visualizados por la sociedad (delito, violencia, adicciones, vagancia, etc.); sino por el supuesto carácter «electivo» u «opcional» de la pobreza y no como condiciones o circunstancias ajenas al individuo. El corolario es claro: lejos de generar solidaridad y empatía, los pobres «la propia encarnación del pecado»<sup>38</sup> - son objeto de miedo, odio y condena.

<sup>35</sup> Bauman, Zygmunt (2001) citado en Tester, Keith (2002); pag. 442.

<sup>36</sup> Bauman, Zygmunt (1987b).

<sup>37</sup> Beilharz, Peter (2005); pag. 84.

<sup>38</sup> Bauman, Zygmunt (1997), especialmente páginas 40 – 45. La frase comillada es de la página 44.

Por otra parte, este tipo de vínculo con el más desaventajado, caracterizado por el desdén y la indiferencia, aparece como comprensible en el marco de un mundo cuya incertidumbre y contingencia fragilizan y vuelven cada vez más superficiales y distantes los vínculos entre los agentes. Sólo en ese mundo que nos empuja al menor compromiso posible, a una lealtad debilitada, a una incapacidad de pensar en el largo plazo o en la estabilidad para con los otros o para con nosotros mismos, somos capaces de visualizar y tratar a algunos como desperdicios o despojos<sup>39</sup>.

## 6. La globalización, los turistas y los vagabundos

Este mundo, donde es posible hablar de desperdicios humanos, es precisamente el mismo mundo de la «globalización», cuyo cambio tecnológico ha alterado radicalmente la dimensión espacial y nuestra forma de experimentarlo. Como ya señalamos, el mundo –las personas que lo habitan– está en constantemente en movimiento. Estamos ante la «*revancha del nomadismo sobre el principio de la territorialidad y sedentarismo*»<sup>40</sup>. No obstante, es ingenuo creer que sus efectos corren parejos para todos. Más bien, este nuevo fenómeno constituye una forma mutada de estratificación de los individuos. Por eso, la globalización constituye el paraíso en la tierra sólo para algunos. Bauman construye dos imágenes para describir los modos como los individuos experimentamos y nos relacionamos con el mundo actual. Un mismo escenario es vivido en forma muy diferente por estos dos tipos de actores.

Por un lado, el *turista* disfruta de la variabilidad y contingencia del actual escenario, y se logra liberar de las limitaciones espaciales, adaptándose perfectamente a la movilidad y fragilidad territoriales. El turista goza de una libertad y una capacidad nunca antes vista para desplazarse y experimentar los diferentes espacios y lugares, algo que le permite reconstruir significativa y continuamente su identidad a lo largo de su trayectoria vital. París, Hong Kong, Nueva York, Roma, Bangladesh, Milán: todas son parte de sus continuos y acelerados desplazamientos; en todas ellas transita sin problemas. Por otro lado, el *vagabundo* vive la condición posmoderna como una experiencia angustiada; percibe el mundo como un espacio abrumadoramente ajeno y externo. No experimenta una emancipación espacial, sino que, por el contrario, es despojado y excluido de muchos de los espacios, pero además, de la propia libertad para desplazarse<sup>41</sup>. Si alguna identidad ha de generarse bajo esta situación de «*desarraigo espiritual y espacial*», será una identidad deteriorada o estigmatizada, asociada a espacios de «*ghettización*» y exclusión.

Aunque por razones diferentes y de distintas maneras, ambos tipos están en constante movimiento: la inestabilidad del turista se caracteriza por poseer una alta velocidad, una gran capacidad de desplazamiento, y tiene su origen, más bien, en la necesidad de experimentación bajo una suerte de excursión hedonista y estética permanente. El vagabundo, en cambio, no se queda quieto por que se siente incómodo y rechazado en todas partes. Dificilmente elija donde

<sup>39</sup> Bauman, Zygmunt (1997); pag. 16. Más adelante retomaré brevemente este tópico cuando discuta la idea de comunidad en Bauman.

<sup>40</sup> Bauman, Zygmunt (2000); pag. 13.

<sup>41</sup> Bauman, Zygmunt (1999); pag. 103 y 122.

quiera ir, y es la necesidad, no el placer, la que lo obliga a buscar nuevos destinos. Su capacidad y velocidad de desplazamiento es mucho más limitada y controlada. El vagabundo es un viajero involuntario y generalmente con un margen de maniobra reducido al mundo local. Mientras tanto, el turista vive en el tiempo, ya que prácticamente ha eliminado la dimensión espacial; es capaz de recorrer casi cualquier distancia a velocidades fabulosas; las fronteras de los países han dejado de ser un obstáculo. El vagabundo, muy estrechamente atado a la dimensión espacial, encuentra cada vez mayores limitaciones y problemas para poder circular, y sufre múltiples formas de reclusión y segregación territorial<sup>42</sup>.

Por un lado, entonces, los vagabundos comparten este escenario de incertidumbre, y vértigo, y por otro lado son viajeros indeseables «a los que se les niega el derecho de transformarse en turistas»<sup>43</sup>. En esto, para Bauman, el mundo globalizado no es ambiguo en cuanto a sus señales: «*luz verde para los turistas, luz roja para los vagabundos*»<sup>44</sup>; o, expresado de un modo más brutal, la sociedad postmoderna fomenta la «*libertad para crear significados para algunos, a la vez que presagia la condena a la insignificancia para otros*»<sup>45</sup>.

El mundo actual, hecho a la medida del turista y para el cumplimiento de sus sueños y aspiraciones, genera inevitablemente, pero también necesaria y funcionalmente, al vagabundo. El vagabundo es el alter ego no reconocido del turista, y a veces, se confunde con él. En primer lugar, porque dada la incertidumbre y ambivalencia característicos de la sociedad postmoderna, la línea divisoria entre el turista y el vagabundo se atenúa y se problematiza. Siempre está el riesgo de perder la condición de turista para caer en el abismo y convertirse en vagabundo. Por ello el vagabundo es rechazado y odiado, porque representa el peor de los destinos para el turista, pero también, un destino posible. Pero al mismo tiempo, y en segundo lugar, la figura del vagabundo cumple un rol funcional clave también para el turista. El turista, que sufre igualmente la angustia posmoderna-de la imposición del movimiento, del riesgo que se asocia a cada una de las elecciones y las consecuentes responsabilidades, de la desvinculación creciente con los diversos espacios por los cuales circula- ve en el contraste de su vida con la del vagabundo –única alternativa que le ofrece la posmodernidad- fuente de alivio y satisfacción.<sup>46</sup>

## 7. El mercado y el consumidor

Subyacente a esta doble metáfora se encuentra otro gran cambio de las sociedades contemporáneas que preocupa especialmente a Bauman –aunque no sea una preocupación teóricamente única u original: La creciente importancia que está adquiriendo la *esfera mercantil* dentro de la vida social.

Bauman coincide con el diagnóstico de Baudrillard: lejos de encontrarse en crisis, el capitalismo ha mutado, alterando las bases sobre las cuales se asienta. De un sistema capitalista

<sup>42</sup> Bauman, Zygmunt (1999); pag. 115 – 118.

<sup>43</sup> Bauman, Zygmunt (1999); pag. 122.

<sup>44</sup> Bauman, Zygmunt (1999); pag. 123.

<sup>45</sup> Bauman, Zygmunt (1999); pag. 127.

<sup>46</sup> Bauman, Zygmunt (1999); pag. 122, 127 – 128.

industrial basado fundamentalmente en la **producción** (de bienes) ha pasado a un sistema basado prioritariamente en el **consumo** (o «producción de tentaciones y atracciones»). De una sociedad de productores a una sociedad de consumidores. Si en estadios previos, el trabajo (y por ende su lugar dentro del sistema productivo) constituían un dato vital para configurar el sentido y lugar del agente dentro de la sociedad, actualmente es el consumo dentro de la esfera mercantil la nota decisiva<sup>47</sup>. Como ilustrativamente señala Bauman, el dilema ha dejado ser «trabajar para vivir o vivir para trabajar» para devenir en «vivir para consumir o consumir para vivir»<sup>48</sup>. Este consumo, que consiste sobre todo en una búsqueda incesante tras nuevas sensaciones y experiencias, es constitutivo de un viaje que no puede evitar ser parte del espíritu de época: refractario al estancamiento y a la estabilidad, en el que se disfruta más con el trayecto y la esperanza, que con su consumación o la llegada<sup>49</sup>.

Ahora bien, ambos, turista y vagabundo, son consumidores de la sociedad postmoderna; son exploradores de sensaciones y deseos; al menos potencialmente. Ambos viven en un mundo donde se les ofrece y vende ese sueño de consumo, sensibilidad y disfrute, pero es un sueño que no es posible para todos. El vagabundo es la versión «defectuosa» del consumo: incapaces de cumplir con las prerrogativas de la racionalidad mercantil, son, por ello, una impureza, una distorsión para la eficiencia y productividad del sistema. La brutalidad bajo la cual estos «nuevos indeseables» son rechazados queda reflejada en el mote que se les otorga: «inútiles». Su redundancia es tal que ni siquiera poseen el derecho a ser explotados<sup>50</sup>.

A partir de lo anterior, pueden establecerse dos derivaciones importantes vinculadas con la esfera estatal. En primer lugar, Bauman en sus últimos textos<sup>51</sup> ha tendido a aproximarse notoriamente a autores como Wacquant en relación con un cambio en las funciones estatales referidas a los grupos excluidos. Muy resumidamente la tesis es que en Estados Unidos y en algunos países europeos, habría un «*pasaje del Estado de Providencia al Estado de Penitencia*» o «*una atrofia deliberada del Estado social a la que le corresponde una hipertrofia distópica del Estado penab*»<sup>52</sup>. Un Estado que al tiempo que va abandonando sus funciones sociales integradoras de asistencia y bienestar, va asumiendo funciones criminalizadoras de los sectores excluidos.

En segundo lugar, y aquí cercano a Offe, Bauman destaca la crisis del Estado de bienestar como un efecto perverso de su propio éxito. Por diversos mecanismos, el Estado de bienestar colaboró en la construcción de un nivel de bienestar y riqueza para varias generaciones. Curiosamente, son estos herederos de una sociedad construida por estados de tipo benefactor, los que tienen ahora una mirada crítica y deslegitimante de dichos esfuerzos. No sólo ven con malos ojos ser expropiados de cualquier porcentaje de sus ingresos, sino que consideran los esfuerzos estatales redistributivos como paliativos ineficaces, estigmatizantes y generadores de

<sup>47</sup> Bauman, Zygmunt (1999); pag. 106 – 107, y Bauman, Zygmunt (2000). Obsérvese que ya Weber había definido el consumo en el mercado de bienes y servicios como el locus donde se definían las pertenencias e identidades sociales, particularmente las ligadas a la clase (Weber, 1944), no como algo característico de la época postindustrial sino como algo característico de lo que hoy denominamos como primera modernidad.

<sup>48</sup> Bauman, Zygmunt (1999); pag. 107.

<sup>49</sup> Bauman, Zygmunt (1999); pag. 110 y 112.

<sup>50</sup> Bauman, Zygmunt (1999); pag.113 y 126, y Bauman, Zygmunt (2004); pag.183 – 184. Ver también Bauman, Zygmunt (1998), éste último citado en Abrahamson, Peter (2004).

<sup>51</sup> Estamos pensando en Bauman, Zygmunt (1997), (1998), (1999) y (2004b).

<sup>52</sup> Wacquant, Loic (2000); pag. 88.

los peores vicios y disfuncionalidades sociales: favorecer una suerte de parasitismo o incapacidad de autogestión por parte de los excluidos<sup>53</sup>.

De un modo quizás complementario de esta pérdida de legitimidad estatal se encuentra en Bauman una fuerte crítica al Estado en cuanto a su debilidad para desarrollar sus tradicionales funciones. El caos y la incertidumbre erosionan todo cuanto nos rodea, inclusive al propio Estado – Nación. Como señala Bauman, «los estados nacionales se convierten cada vez más en ejecutores y plenipotenciarios de fuerzas sobre las cuales no tienen la menor esperanza de ejercer algún control»<sup>54</sup>.

## 8. La Comunidad

Como último aspecto, interesa destacar la revitalizada preocupación que muestra Bauman por la **comunidad**. En un momento en que la globalización cosmopolita se ha impuesto ¿por qué la comunidad es tan deseada? Para Bauman la respuesta es clara. En un entorno desbocado, líquido y amenazador bajo el cual, parafraseando a Simmel, la única certeza que poseemos, es la propia incertidumbre, la comunidad se nos aparece como el refugio donde encontrar seguridad, simpleza, uniformidad, en definitiva, bases para construir una vida feliz<sup>55</sup>. La sociedad contemporánea socava el proyecto de comunidad arraigada, haciendo que esta posibilidad aparezca no sólo como poco probable, sino como indeseable. Esa vida de migración constante del turista nómada, si bien puede generar angustias y problemas, difícilmente lo hagan desear la necesidad de un hogar; inclusive, ven esa añoranza como una incomprensible preocupación antic cosmopolita que sólo pueden tener aquellos condenados a vagar en espacios reducidos (sus alter egos: los vagabundos)<sup>56</sup>.

No obstante, Bauman no ve con buenos ojos esta nostalgia comunitaria. Más bien la visualiza como un intento desesperado y problemático de buscar generar un espacio de seguridad y certeza: comunidades buscadas cuya fragilidad va de la mano con la artificialidad de su construcción. En el mismo sentido interpreta las apelaciones a localismos, tribalismos, o aspectos étnicos como mecanismos de cohesión y de sentido (con el patriotismo y el nacionalismo son variantes específicas). En suma, vínculos que apelan a unificar lo que es visto o descrito como homogéneo y a distanciar lo que es definido como heterogéneo o diverso, aumentando y fomentando la distancia con el otro.

Para Bauman, este es un intento frustrado y destinado al fracaso: bajo la modernidad líquida, la unidad es la meta o el resultado, no el supuesto o punto de partida. Justamente, la asociación o unión de individuos no debe fundamentarse sobre la negación o expulsión de la diferencia, sino sobre la negociación, reconciliación y acuerdo de agentes diversos que no deben

<sup>53</sup> Alonso, Luis Enrique (2005); pag. 43 y 44.

<sup>54</sup> Bauman, Zygmunt (1999); pag. 89. Ver también Bauman, Zygmunt (2004).

<sup>55</sup> Bauman, Zygmunt (2001) citado en pag. 8 y 9 del editorial de *Anthropos* (2005) dedicado a de Bauman.

<sup>56</sup> Bauman, Zygmunt (2005); pag. 135 y siguientes. Bauman, Zygmunt (1999); pag 119 – 120.

En este último texto, no sin cierta ironía, Bauman pone como ejemplo de triunfador globalizado y desarraigado turista a la académica Agnes Heller.

renunciar a sus singularidades (o volverlas privadas o íntimas) para construir una comunidad con el otro. Al contrario, las sociedades se enriquecen y fortalecen con la variedad de estilos, valores, creencias, ideales y modos de vida de sus miembros<sup>57</sup>. Por ello, Bauman critica duramente el discurso del multiculturalismo ya que constituye una suerte de convivencia pacífica bajo la cual elegimos vivir con unos pero no con otros. Dicha seguridad tiene un precio muy alto: renunciar a involucrarnos en una moralidad común, a lo que compartimos como humanidad. Y ello inevitablemente desemboca en dos alternativas igualmente no deseables: en el mejor de los casos, la indiferencia, en el peor de ellos, la agresión, la violencia y la crueldad<sup>58</sup>. Para Bauman, el objetivo es lograr desarrollar y consolidar la liberación y autonomía de los individuos; por eso, la comunidad constituye, definitivamente, un callejón sin salida. Ello es especialmente pertinente en sociedades donde la segregación, segmentación y exclusión espacial y territorial está agudizándose. Sólo apelando a una sólida esfera pública sólida, a una firme y vigorosa noción de ciudadanía será posible perseguir exitosamente dichas metas<sup>59</sup>.

### **9. La distante y esquiva relación con la educación**

Son muy escasos los pasajes en los que Bauman atiende, de modo expreso, a la educación. Una rara excepción lo constituye el artículo «La educación. Bajo, por y a pesar de la postmodernidad» publicado por primera vez en el año 2000 e incluido un año más tarde como capítulo en el libro del autor «La sociedad individualizada»<sup>60</sup>. En este artículo, que parece relacionarse de modos elusivos con el resto de su obra, Bauman parte de la distinción conceptual desarrollada por Gregory Bateson entre «proto-aprendizaje» y «deutero-aprendizaje».

El primero de ellos, el proto aprendizaje (primario o de primer grado, consiste en los contenidos de la instrucción, y es visible a simple vista, se planifica y diseña, se monitoriza y se registra. En cambio, el deutero-aprendizaje), (el ya devenido en tópico «aprender a aprender») es un «proceso subterráneo, casi nunca consciente y todavía con menos frecuencia monitorizado por sus participantes y sólo vagamente relacionado con el tema aparente de la educación». Es durante el deutero-aprendizaje, que raras veces puede ser controlado por los educadores, cuando los objetos de la acción educativa «adquieren habilidades incomparablemente más importantes para su vida futura que incluso los elementos y trozos de conocimiento más cuidadosamente preseleccionados que se combinan para formar programas de estudios escritos o no artificiosos».

Este tipo de aprendizaje no sólo es inevitable; constituye un indispensable complemento de todo protoaprendizaje. Sin este «aprendizaje de segundo grado» el aprendizaje de «primer grado» produciría mentalidades anquilosadas incapaces de asimilar situaciones no previstas, modificadas o novedosas. Pero hay más: un tercer tipo de aprendizaje, o «aprendizaje de tercer grado» tendría lugar «cuando el sujeto de la educación adquiere las capacidades necesarias para

<sup>57</sup> Bauman, Zygmunt (2000); pag. 50 y siguientes.

Bauman, Zygmunt (2001) citado en pag. 8 y 9 del editorial del número especial de *Anthropos* (2005) dedicado a la obra de Bauman.

<sup>58</sup> Tester, Keith (2002); pag. 444.

<sup>59</sup> Bauman, Zygmunt (2000); pag. 50, 60 y siguientes.

<sup>60</sup> Bauman, Z., (2001) *La sociedad individualizada*, Ediciones Cátedra, Madrid.

modificar la serie de alternativas que ha aprendido a esperar y a manejar en el transcurso del deuterio-aprendizaje»<sup>61</sup>.

Para comprender la discontinuidad entre los dos primeros tipos o grados de aprendizaje y el tercero, es necesario incorporar la noción de que estos no dependen tanto de las cualidades de los sujetos que aprenden o de los que enseñan, sino, sobre todo, de las características del mundo social en el cual el aprendizaje tiene lugar. El deuterio aprendizaje tiene valor mientras los sujetos tengan «buenas razones para esperar que las contingencias con las que se encuentren se organicen en una determinada pauta estable». De esta manera, mientras que los dos primeros tipos de aprendizaje concordarían con las «naturaleza» de la especie humana formada a través de la evolución, algo diferente ocurre con el aprendizaje de tercer grado, que en la perspectiva de Bateson tiene con frecuencia «consecuencias *patógenas*, que producen una personalidad apática, a la deriva, *esquizofrénica*»<sup>62</sup>.

Esta distinción entre dos tipos de aprendizajes, de alguna manera «funcionales» a la evolución de la humanidad como especie, signados por cualidades de «normalidad y adaptación», y un tercer tipo de aprendizaje con consecuencias «patológicas», es la base sobre la que Bauman construye la distinción fundamental entre el tipo de sociedad «posmoderna» en la que no sólo predomina sino que se requiere el aprendizaje de «tercer nivel» y todas las anteriores. En palabras de Bauman:

«Esta época nuestra destaca en el desmantelamiento de marcos y en la liquidación de pautas: todos los marcos y todas las pautas, al azar y sin previo aviso. En tales circunstancias, el «aprendizaje terciario» –aprender a romper la regularidad, a liberarse de hábitos y a evitar habituarse, a reorganizar experiencias fragmentarias par que formen pautas anteriormente poco familiares a tiempo que consideran aceptables todas las pautas solamente «hasta nuevo aviso» –lejos de ser una distorsión del proceso educativo y una desviación de su verdadero objetivo, adquiere un supremo valor de adaptación y se vuelve fundamental para lo que es «indispensable para la vida». A los seres humanos posmodernos se les niega el lujo de aceptar, como el héroe shakespeariano que «hay un método en esta locura»...El triunfo en la vida (y por tanto en la racionalidad) de los hombres y mujeres postmodernos depende de la velocidad con que consigan liberarse de viejos hábitos más que en la rápida adquisición de otros. Lo mejor de todo es no preocuparse ni lo más mínimo por la cuestión de crear pautas; el tipo de hábito que se adquiere en el «tercer aprendizaje es el hábito de prescindir de los hábitos...»<sup>63</sup>.

Pero además, el cambio en el tipo de sociedad, afecta también la direccionalidad de la enseñanza y del aprendizaje. Aunque el control del deuterioaprendizaje quedaba relativamente fuera del alcance de la educadora o educador, aún así había entonces una distinción entre el que aprende y el que enseña, una cierta dirección que marca desde dónde hacia dónde, de quién hacia

<sup>61</sup> Bauman, Zygmunt (2001); pag. 144.

<sup>62</sup> Bauman, 2001:145)

<sup>63</sup> Bauman, Zygmunt (2001); pag. 145 – 146.

quién fluye conocimiento. Esta estructuración falta en esta etapa de la modernidad, o peor aún, se encuentra solapada y atravesada por una multiplicidad de otras estructuras que se encuentran claramente disociadas y dislocadas del proceso educativo tal como era entendido por la modernidad ilustrada.

La tesis que Bauman explicita acá consiste en que «la crisis que experimentan los filósofos, los teóricos y los profesionales de la educación, esa versión actual de la sensación de «vivir en las encrucijadas», la búsqueda febril de una nueva autodefinición e idealmente de una nueva identidad también tienen poco que ver con los fallos o errores o la negligencia de los pedagogos profesionales o con los defectos de la teoría educativa, pero sí mucho con la fusión universal de identidades, con la desregulación y privatización de los procesos de formación de la identidad, la dispersión de las autoridades, la polifonía de mensajes de valor y el consiguiente carácter fragmentario que caracteriza el mundo en que vivimos, el mundo que prefiero llamar «posmoderno...La situación postmoderna ha dividido el gran juego único de la época moderna en muchos juegos pequeños y mal coordinados, ha trastocado las reglas de todos los juegos y ha acertado radicalmente la vida de cualquier serie de reglas»<sup>64</sup>.

Desde esta perspectiva, la crisis de la educación es «una crisis de las instituciones heredadas y de la filosofía heredada», en un mundo en el cual es vital apelar al «aprendizaje de tercer grado» para diseñar las trayectorias vitales propias. Aunque esta crisis atraviesa por igual a todas las instituciones educativas y a todos los niveles educativos, Bauman elige el terreno de las universidades como aquel en el cual ejercitar su marco de análisis, sobre el supuesto de que aunque su origen se remonta a la Edad Media, la institución universitaria es en sí, moderna.

Del auge de las universidades en el mundo moderno, Bauman destaca el maridaje entre conocimiento y poder, en el cual el poder moderno «busca ilustración y guía en la erudición» y el conocimiento moderno busca «saber con el fin de obtener poder para actuar». La centralidad de la universidad en el mundo moderno se anclaba así en dos pilares fundamentales: el estado nacional donde traducía el poder en autoridad y disciplina, proveyendo legitimidad a la dominación, y en la práctica de la cultura donde convertía a los individuos en seres sociales asignados a roles diferenciados. En la perspectiva del autor, ambos amarres «están hoy a flote» y el proceso de Bolonia, que ha producido una «Carta Magna de las Universidades Europeas» que define el lugar de las universidades como «instituciones autónomas situadas en el centro de la sociedad» no le parece más que una expresión nostálgica de una situación que se desvanece.

Las causas de esta crisis son múltiples. Entre ellas se encuentra: el abandono de la función integradora del estado-nación y su abandono de la función de generación de cultura en manos de las fuerzas descoordinadas del mercado; la pérdida de peso de la autoridad académica a favor de la notoriedad, la atención pública y la «mediocracia» (en palabras de Régis Debray); el retroceso de la idea de la universalidad cultural que mina el papel privilegiado de las universidades en la creación y selección de valores; la obligación de competencia de los ámbitos académicos con otros agentes generadores de saberes y sentidos. Pero con lo importantes que son estas transformaciones, Bauman destaca el papel de la «autopista de la información» en la visibilización de un supuesto hasta entonces indiscutido del saber académico: el del monopolio de las fuentes y canales de conocimiento y de su control. Más aún: la revolución tecnológica hace que aquellos hábitos adquiridos en los canales modernos usuales dejen de ser una ventaja y se

<sup>64</sup> Bauman, Zygmunt (2001); pag. 147 – 148.

conviertan en handicaps, ya que aquella acorta la vida de las capacidades útiles al punto de volverlas inferiores al tiempo que lleva adquirirlas y certificarlas a través de unas credenciales. Como consecuencia, la formación ocupacional se aleja, progresivamente, de las universidades.

Si ello es así, ¿por qué no cae en picada la matrícula universitaria? La respuesta de Bauman consiste en señalar que ello se debe a que las universidades cumplen hoy un papel imprevisto: el de servir de refugio temporal de los jóvenes en sociedades afligidas por el desempleo estructural, el de ser un salón de espera antes de enfrentarse a las duras leyes del mercado de trabajo<sup>65</sup>. En esta relación entre educación y empleo, el autor ve otra dificultad: la eficacia de las instituciones universitarias dependen de la existencia de una coordinación –tal vez sería mejor llamarla correspondencia- relativamente estable entre la descripción de los puestos de trabajo y la descripción de las competencias ocupacionales, como para poder realizar una planeación a más largo plazo de las formas de adquisición de estas últimas. Esta condición no se da debido, principalmente, a la flexibilización del mercado laboral. Los cursos cortos, la capacitación en el lugar de trabajo, los seminarios de fin de semana parecen ser, en esto, más efectivos que las largas carreras universitarias, con lo que se erosiona de esta manera las más importante mercancía que podía ofrecer la universidad: el valor de las credenciales educativas que expide. La universidad ya no encuentra, en esta sociedad posmoderna, un lugar cómodo y un propósito:

«Todo lo que han hecho en el transcurso de los últimos novecientos años ha tenido sentido dentro del tiempo de la eternidad o del tiempo del progreso; si la modernidad se ha liberado de la primera, la postmodernidad ha acabado con el segundo. Y el tiempo episódico que se cierne entre los dos órdenes de ruinas de la eternidad y el progreso resulta poco hospitalario para todo lo que nos hemos acostumbrado a considerar como sellos distintivo de la universidad, lo que el Oxford English Dictionary define como «la reunión en la búsqueda de un saber superior». Inhospitalario no sólo para la titularidad académica para toda la vida, sino también para todas las ideas que la sostenían y justifican: que *auspiciam meliores aevi*; que la experiencia, como el vino, adquiere nobleza con la edad; que las habilidades, como las casas, se construyen piso a piso; que las reputaciones se pueden acumular como los ahorros, y como éstos, producen más interés cuanto más tiempo se conserven»<sup>66</sup>.

La administración de las reputaciones académicas fue transferida a comienzos del siglo XX (según Debray) a las editoriales, y pocas décadas después, a los medios de comunicación de masas. Ya no importa cuántos discípulos se tengan (como a fines del XIX), ni cuántos volúmenes se vendan y cómo sea criticada la obra (como a comienzos del XX), sino de cuánto espacio se dispone en televisión. «Para la autoridad intelectual, la versión apropiada del *cogito* de Descartes sería hoy: hablan de mí, luego existo»<sup>67</sup>. En el tiempo de hoy, ni siquiera habría tiempo para cultivar la fama, sino sólo de competir –junto con deportistas, terroristas, estrellas pop y

<sup>65</sup> Bauman, Zygmunt (2001); pag. 152.

<sup>66</sup> Bauman, Zygmunt (2001); pag. 153.

<sup>67</sup> Bauman, Zygmunt (2001); pag. 153.

ganadores de lotería- por la notoriedad, en una competencia en la que los intelectuales tienen escasísimas probabilidades de éxito. Aunque tal vez no hiciera falta recurrir al tópico una vez más, Bauman ubica también, en el complejo panorama de la decadencia de las universidades, la crisis de la asociación entre avance científico – tecnológico y progreso moral, puesto indiscutiblemente en cuestión desde mediados del siglo XX: Michel Foucault y Ulrich Beck son para el autor, los más notorios exponentes de la crítica al avance de la tecnociencia. En palabras de Bauman, el quid de la crisis actual consiste en que:

«con casi todas las razones y justificaciones de su antaño elevada posición desaparecidas o muy debilitadas, las universidades...se enfrentan a la necesidad de replantear y expresar de nuevo su papel en un mundo que no necesita sus servicios tradicionales, establece nuevas reglas de juego del prestigio y la influencia y ve con creciente recelo los valores que representaban»<sup>68</sup>.

Para adaptarse a las reglas de la nueva realidad, las universidades pueden optar por una de dos salidas posibles. Una de ellas es someterse a los criterios del mercado y medir la «utilidad social» de los productos universitarios, cuya prueba del nueve se muestra en sus posibilidades de comercialización. Esta forma de «hacer de la necesidad, virtud» se evidencia en las alabanzas que muchos profesores universitarios dirigen al sistema de la competencia mercantil de los productos universitarios, lo que ubica principalmente en los centros académicos de Estados Unidos, Gran Bretaña y otros países europeos. La otra alternativa es «quemar los puentes»: retirarse «a una fortaleza construida con un lenguaje esotérico y una teoría oscura e impermeable; esconderse detrás de las seguras paredes de un minimercado sin competencia». Esta última salida sólo es posible, a juicio de Bauman, en Estados Unidos, donde la población de académicos es tan densa que puede sostener una relación productor/consumidor «autosuficiente y autonutritivo...de productos demasiado oscuros y nebulosos para un público más amplio»<sup>69</sup>.

Ambas estrategias significan la rendición de las universidades a cumplir el papel que antes reivindicaban: la primera, implica aceptar una posición subordinada en relación a las fuerzas del mercado; la segunda, la aceptación de la irrelevancia social y cultural impuesta por la supremacía no cuestionada de las reglas de la mercantilización. Para Bauman, ambas niegan la posibilidad de que los deseos de la Carta Magna de Bolonia sean algo más que la expresión de deseos. Desde este punto de vista, las universidades parecen ser víctimas de su perfecta adaptación y ajuste a una función que ya no existe más.

Sin embargo, sorpresivamente, Bauman sostiene que la posibilidad que tienen las universidades de ajustarse a la nueva situación posmoderna, se halla precisamente en la pluralidad y multiplicidad de significados de las instituciones universitarias. En los hechos, las universidades son muy diversas; a su interior, proliferan sus departamentos, que difieren entre sí y con los otros de otras universidades, son resistentes a ser medidas con el mismo rasero, y sobre todo, carecen de la capacidad de hablar al unísono.

<sup>68</sup> Bauman, Zygmunt (2001); pag. 155.

<sup>69</sup> Bauman, Zygmunt (2001); pag. 156.

Esta realidad es también visible en los restantes niveles del sistema educativo. El fracaso para racionalizar la educación y coordinar sus partes significa por otro lado, la percepción del valor de adaptación del «aprendizaje terciario»:

«Preparar para la vida» –esa perenne e invariable tarea de toda educación- debe significar ante todo el cultivo de la capacidad de vivir cotidianamente en paz con la incertidumbre y la ambigüedad, con una diversidad de puntos de vista y con la inexistencia de autoridades infalibles y fiables; debe significar la instilación de la tolerancia con la diferencia y la voluntad de respetar el derecho a ser diferente; debe significar el fortalecimiento de las facultades críticas y autocríticas y el valor necesario para sumir la responsabilidad por las elecciones que se hacen y sus consecuencias; debe significar la formación de la capacidad para «camibar los marcos» y para resistir la tentación de huir de la libertad, con la ansiedad de la indecisión que acarrea junto con las alegrías de lo nuevo y lo inexplorado»<sup>70</sup>.

En efecto, Bauman no cree que estas habilidades puedan construirse a partir del deuterio aprendizaje, y mucho menos a partir del protoaprendizaje, por lo que sería imposible proponerse la planificación y el control de los procesos de enseñanza que llegan a requerirse en la sociedad de hoy, que sólo pueden surgir de este tercer grado de aprendizaje. Bauman cree, en consecuencia que ... la filosofía y la teoría educativas se enfrentan con la tarea, desconocida y desafiante, de teorizar un proceso formativo que nos está guiado desde el comienzo por una forma seleccionada como objetivo y diseñada con anticipación; de modelar sin que el modelo al que hay que llegar al final se conozca ni vea con claridad; un proceso que , como mucho, puede esbozar sus resultados, nunca imponerlos, y que integra esa limitación en su propia estructura; en suma, un proceso abierto, más preocupado por seguir siendo abierto que por ningún producto concreto y que teme más a toda conclusión prematura que a la posibilidad de quedarse para siempre sin conclusión<sup>71</sup>.

## **10. Algunas observaciones críticas**

Es indiscutible la buena acogida que ha recibido el trabajo de Bauman en el mundo académico occidental. Más allá algunos comentarios críticos, la notable velocidad con la que se han difundido sus trabajos en los últimos años, nos habla, sin duda, de un cuerpo teórico que logra hablarle a mucha gente. Y es que mucho de interesante, llamativo y provocador hay en este prolífico autor. Porque, a pesar de sus propias palabras, mucho ha producido Bauman, mucho ha vendido y mucho ha sido comprado; y mucho ha comprado él mismo, también.

---

<sup>70</sup> Bauman, Zygmunt (2001); pag. 158-159.

<sup>71</sup> Bauman, Zygmunt (2001); pag. 159.

Más vagabundos que turistas –un poco desconfiados de aquello con lo que la academia globalizada satura el mercado, muy conscientes de los costos de oportunidad de los errores en las pocas opciones de consumo que nos tocan en suerte, y obligados por ello a mirar bien lo que compramos- nos gustaría pararnos hoy en un lugar distinto: el del cuestionamiento, que es, además, un lugar menos concurrido y por eso más aireado.

Sin más preámbulos, atendamos primero a un tema tan clásico como sustantivo: la cuestión de la modernidad. ¿Es la modernidad de Bauman, la modernidad? ¿lo fue alguna vez? La impresión que nos ha generado es que, en su versión menos extrema, lo señalado por Bauman parece poco original; en su versión más radical, resulta problemático como una adecuada descripción de las sociedades contemporáneas.

Tal vez ello se deba a que, imitando con su teoría aquello sobre lo que teoriza, Bauman parece combinar una caracterización excesivamente lineal, simplificada, rígida y clasificatoria de la modernidad, con una definición bastante imprecisa, ambigua, o por qué no, «ambivalente» y «líquida» de la condición postmoderna.

En un extremo, y como señalan varios autores, Bauman parece exagerar –¿caricaturizar?– los rasgos con los que describe a la modernidad y la propia ilustración. A pesar de su atractivo inicial, la distinción orden – ambivalencia –como correlatos de la distinción modernidad–posmodernidad, muestra muy rápidamente no ya su escaso rendimiento heurístico, sino, mucho más acá, su escasa validez como indicadora de unos polos antagónicos que no parecen tales. Es bien sabido que la modernidad se caracterizó no sólo, -o no tanto- por ese obsesivo énfasis ordenador, racionalizante, y uniformizante, sino por un espíritu de crítica que tendió a socavar y cuestionar las bases y certezas de todo lo existente, incluyendo por supuesto, a ella misma<sup>72</sup>. En este sentido, varios de los elementos que caracterizan a la postmodernidad o modernidad extrema (como la ha llamado en algunos de sus últimos trabajos<sup>73</sup>) que el autor engloba bajo la idea de contingencia o ambivalencia, parecen haber estado presentes desde los comienzos de la ilustración. Al menos, la distinción pierde pronto su aparente nitidez y deja de resultar convincente aceptar que hemos entrado a un nuevo mundo, a nuevas formas de existencia y a nuevos marcos o esquemas mentales, alejados, cuando no opuestos, a los marcos modernos.

Pero al mismo tiempo, en su versión más radical, el diagnóstico de Bauman parece hablar de un mundo en el que no habitamos, o que al menos no reconocemos fácilmente. Esa sociedad líquida, esas estructuras licuadas, esa velocidad, contingencia e incertidumbre en continua aceleración y mutación ¿caracterizan tan innegablemente nuestro actual vivir? Acaso ¿describe a la mayoría de los habitantes de la mayoría de las sociedades y comunidades del planeta, aún a la mayoría de las que han pasado la etapa industrialista de la modernidad? Como señalan autores como Kaplan y Abrahamson, no sólo parece una descripción poco adecuada para describir

<sup>72</sup> Seidman (1992); Pospone (1992), Best (1998).

Como le señala el propio Seidman, la despreocupación mostrada por Bauman por situar y localizar a la modernidad dando cuenta de factores más específicos como el espacio, el tiempo, el contexto local o internacional, la clase, la raza, etc., exhiben un uso del término y un modo de descripción bastante cercano a la retórica esencialista y universalista iluminista criticada por el propio Bauman. Ver Seidman (1992); pag. 294.

<sup>73</sup> De hecho, muchos autores, como Abrahamson sostienen que es observable el tratamiento diferencial que Bauman ha realizado del término posmodernidad a largo de su carrera académica. Inicialmente fue un término que tuvo un gran protagonismo en sus escritos, e incluso lo llegó a conceptualizar como «*la modernidad menos su ilusión*». No obstante, en sus últimos trabajos cada vez hay menores referencias. Inclusive, Abrahamson cita una entrevista donde el propio sociólogo polaco declara haberse distanciado del término. Ver Abrahamson, Peter (2004); pag 175.

sociedades de zonas menos avanzadas existentes en África, Asia o Latinoamérica, sino que tampoco parece rendidora para comprender la experiencia vital de la mayoría de los habitantes de las sociedades desarrolladas<sup>74</sup>. El propio Bauman se ha defendido reconociendo que su «modernidad líquida» se inspira más bien en el contexto norteamericano y anglosajón. Pero por otro lado sostiene también que si bien las actuales condiciones europeas no se asemejan a las americanas, y si bien ni nada sugiere que deban forzosamente llegar a serlo en un futuro, este proceso parece ser una tendencia del destino humano, aunque –ambivalente él mismo, una vez más- no inexorable<sup>75</sup>.

¿Ambivalente la realidad o ambivalente la teoría? Es posible teorizar sobre la ambivalencia de un modo no ambivalente, pero no es lo que hace Bauman. Sus conceptos, como la realidad que quiere describir, se escurre, líquida, entre los viscosos engranajes de la teoría. Pero además, puede ser que, al fin de cuentas, tampoco sean conceptos descriptivos en sí mismos, sino simples advertencias o profecías de un mundo que nos espera –¡o que tal vez no!. Como simple descripción, no parece tampoco corresponderse con la experiencia vital de muchos –la mayoría- de los ciudadanos del mundo, sobre todo de los excluidos, aún del mundo anglosajón. ¿En qué sentido o bajo qué formas específicas podría una persona de una de las tantas minorías estigmatizadas estadounidenses o inglesas (mujeres negras, jóvenes pobres, inmigrantes latinos o asiáticos) un suburbio de Los Ángeles o de Londres, llegar experimentar, en esa dura realidad que se le resiste y lo resiste, esa ambivalencia vertiginosa, esa sensación de licuefacción de las estructuras que lo rodean? En todo caso, la carga de la prueba, aquí, la tiene Bauman, y muchos otros teóricos, filósofos y profetas de la nueva era. En este sentido, también nos podemos interrogar acerca de cuan rendidor es pensar la sociedad actual a partir de tipos ideales como el turista y el vagabundo. Sin caer en ingenuidades pre-kantianas, es razonable cuestionarnos la capacidad de discriminación analítica que poseen categorías tan amplias y tan poco detalladas como son la de turista y vagabundo para dar cuenta de la complejidad de la experiencia vital en las sociedades postmodernas, moderno / tardías o líquidas. Entre el turista y el vagabundo parecen quedar un vacío conceptual, que difícilmente podamos salvar apelando a matizar o flexibilizar ambos tipos ideales. Nuevamente, Bauman nos ofrece a través de la díada turista / vagabundo, una serie de intuiciones interesantes y agudas pero que no termina de llevar hasta sus últimas consecuencias a la hora de elaborar una estructura conceptual.

Por más que se trate de una teoría abierta, y sobre un objeto «ambivalente» las producciones de Bauman parecen responder de un modo excesivamente directo a la perspectiva desde la cual se lee la realidad. Puesto a encontrar ejemplos que abonen su punto de vista, casi cualquiera puede ser válido, aún aquellos que podrían ser utilizados, justamente, para invalidar su teoría. Veamos, por ejemplo, el caso de la educación y la generación de conocimientos, así como del lugar de las instituciones universitarias en el mundo «líquido» de hoy. Posiblemente, el llamado «proceso de Bolonia» al que referíamos anteriormente resulte algo desconocido a la mayoría de las personas, aunque difícilmente pase inadvertido para los universitarios del mundo entero. Y es que, en este acuerdo que se firmara entre los países miembros de la Unión Europea en esta ciudad italiana, se sostiene la pretensión nada modesta y menos posmoderna de constituir un marco orientador y normativo único común no sólo para todas las instituciones universitarias de la unión europea, sino para todas las que pretendan ser admitidas como tales por cualquier universidad de Europa: en suma, la definición de un modelo universal de universidad. Bauman,

<sup>74</sup> Abrahamson, Peter (2004) y Kaplan, David (1975).

<sup>75</sup> Tim May citado en Abrahamson, Peter (2004); pag. 175.

que elige este ejemplo de entre muchos otros posibles, ni más ni menos que para ilustrar el ocaso del conocimiento, liquida velozmente este importante fenómeno refiriéndose al mismo como algo que «trasciende a nostalgia de una situación que está desapareciendo rápidamente» como es la centralidad de la institución universitaria y su producto más típico, el conocimiento.<sup>76</sup>

No se trata de que las intuiciones, señalamientos y metáforas de Bauman no resulten interesantes, atractivos, o sugerentes, sino que se deslizan hacia formulaciones que no convencen como descripciones articuladas, significativas y más o menos pertinentes de la sociedad contemporánea, y que no permiten explicar nada, ni interpretar nada, justamente, porque lo que hacen es explicar e interpretar cualquier cosa. Por otro lado, argumentar que se está hablando de lo que (tal vez) vendrá o de lo que está por venir (si es que viene), hace muy poco por fortalecer la posición de Bauman.

Un segundo aspecto de orden más formal refiere a la forma bajo la cual Bauman tiende a argumentar y más genéricamente a «hacer teoría social o sociología». Parece indudable señalar que para describir y explicar la realidad social no es necesario hacerlo en un lenguaje formalizado o semi formalizado. Inclusive, se puede considerar valioso una cierta dosis de retórica y de manejo del lenguaje que haga más clara y amena la lectura. Es indudable que Bauman a diferencia de buena parte de sus colegas, posee un estilo rico, erudito, provocativo y muy atractivo de leer. El poderío de algunas de sus metáforas casi no posee parangón, a tal punto que muchas de sus imágenes han pasado a ser parte del vocabulario común, o «saber de fondo» en ciencias sociales<sup>77</sup>.

Por otro lado, es difícil soslayar el hecho de que el estilo de Bauman no es todo lo preciso que una ciencia de lo social requiere. Algunos críticos han señalado que la insatisfacción que genera este autor deriva de que su efecto literario paga un precio muy elevado: una gran pérdida de claridad expositiva<sup>78</sup>. Este juicio parece excesivamente tajante e incluso, injusto, o más aún, falso. El problema, desde nuestro punto de vista, no es que Bauman sea incomprensible o inextricable, sino que no parece mostrar preocupación o disciplina para elaborar y desarrollar más específicamente las conjeturas, perspicacias o agudezas que produce con profusión respecto a lo social. Las metáforas de Bauman, lejos de ser su principal aliado y el mejor medio para lograr una adecuada comprensión de las sociedades actuales, se terminan convirtiendo en el peor enemigo de una teoría que tal vez quiera construir. Y es que la metáfora en tanto lazo entre lo conocido y lo desconocido debería tener siempre un carácter de punto de partida, de provisoriedad, o mejor dicho, de complementariedad, con análisis más sistemáticos y específicos de los fenómenos bajo análisis. En Bauman, las metáforas, las referencias literarias, las imágenes (poderosas, estimulantes y hasta desafiantes) lejos de ser un medio, devienen en fin y colonizan buena parte del relato. De esta manera, los datos, las referencias empíricas pasan a un segundo plano. Y no menos grave, la operativización, ilustración y concreción de las metáforas o de las ideas más generales se nos aparece como un evento poco frecuente o inexistente.

En términos más concretos, el uso del adjetivo acuífero respecto a las estructuras de la sociedad moderna es en principio muy atrayente, y probablemente posea mayor poder retórico que otras descripciones similares de la modernidad. No obstante, cuando intentamos ver su

---

<sup>76</sup> Bauman, Zygmunt (2005)

<sup>77</sup> Piénsese por ejemplo en las metáforas acuíferas.

<sup>78</sup> Kaplan, David (1975).

operatividad específica o las consecuencias derivables de asumir dicha metáfora, el análisis pierde eficacia. De hecho, cuando intenta defender a la modernidad líquida como diferente de estadios sociales anteriores, Bauman no termina de ser convincente precisamente porque no siempre logra profundizar en forma sistemática y específica en torno a que significa esa liquidez. ¿Hay tanta diferencia entre esa liquidez baumaniana y la eterna disolución de lo sólido de Marx, el permanente vacilar de las cosas de Hegel, o la anomia de Durkheim? Establecer que la diferencia es la mayor velocidad o transitoriedad del cambio, lo cual hace imposible la consolidación del estado sólido no ilumina mucho al respecto. Bauman busca reforzar su argumento agregando otras imágenes, como la del casino, la del surfista, la del turista, la del vagabundo. Pero seguimos huérfanos de las descripciones y explicaciones específicamente sociales, políticas y culturales necesarias. E inclusive se agregan nuevos problemas en un nivel de abstracción menor. Pensemos por un instante en la imagen del turista – vagabundo. Superado el deslumbramiento inicial, ¿cuanto es posible avanzar en el entendimiento de los variados y complejos procesos de discriminación, segregación y exclusión modernos? Realmente no mucho. O al menos, no todo lo necesario.

A veces, las metáforas son, simplemente, desafortunadas, por no decir, incluso, repudiables. Tal vez el adjetivo pueda resultar demasiado fuerte. Pero acaso, ¿no es repudiable asimilar la educación con una guerra y el acto de enseñanza con un disparo de arma de fuego? Esta metáfora bélica es desarrollada justamente en un ensayo suyo que hemos leído en versión catalana: «Els reptes de l'educació en la modernitat líquida» (2007). En este texto, Bauman se refiere a la enseñanza practicada por los docentes durante la modernidad sólida como «proyectiles balísticos»<sup>79</sup>, que son idóneos para una guerra de posiciones (sic), destinados a seguir estrictamente la trayectoria prevista, determinada por el impulso inicial<sup>80</sup>; mientras que la enseñanza durante la modernidad líquida, se asemejaría, a su juicio, a «misiles inteligentes»<sup>81</sup>, «capaces de cambiar de dirección durante el vuelo, adaptándose a las circunstancias variables» y de «detectar inmediatamente los movimientos del blanco». No sólo bélica, esta metáfora es también *belicista*: al cabo del ensayo, después de explayarse sobre los distintos tipos de misiles, y sin aclarar del todo si se espera el exterminio total de los discípulos o sólo su neutralización parcial, Bauman termina, curiosamente, llamando a favor de la «educación a lo largo de la vida».

Y ahí radica precisamente el problema: Bauman se aferra de las metáforas, como si bastase con ellas para describir, comprender y explicar la realidad. Poco a poco, comprendemos, sin embargo, que Bauman no nos permite ir más allá de ese extenso y –sólo a veces- bello collage de imágenes: agudas, muy logradas, muy sugerentes, aunque a veces no tanto, pero imágenes al fin. El brillo de su ingenio y de su prosa se parece, en esto, a fuegos de artificio: se elevan sobre nuestras cabezas, e inasibles e inalcanzables, se expanden, cambian de formas y de color, se desvanecen para dar lugar a otros, nos ofrecen un instante de fascinación, nos maravillan, y nos conmueven. Pero tan absortos estamos al mirarlos, tanta atención ponemos en este magnífico resultado visual y sensorial, que no percibimos que, realmente, no nos ayudan a ver mejor el mundo, que no obtenemos de ellos mayor claridad para percibir dónde estamos y cómo vivimos, y que están lejos de constituir instrumentos permanentes para iluminar y examinar con atención, rigor y responsabilidad las condiciones de nuestra vida.

<sup>79</sup> Bauman, Zygmunt, 2007, p. 26-30.

<sup>80</sup> Bauman, Zygmunt, 2007, p. 29.

<sup>81</sup> Bauman, Zygmunt, 2007, p. 30.

Imitando otra vez a una teorización –la suya- que se vierte sobre otros objetos, Bauman sólo puede ser visitado como lo son los territorios de los que habla, por lectores «turistas» o lectores «vagabundos» que vagan sin brújula –con más o menos entusiasmo- entre sus profusas páginas, sin lugar a donde llegar, perdidos en la ambivalencia de sus conceptos, consumiendo sin poder acumular jamás sus efímeras metáforas, buscando, sin encontrar, algo sólido que no se desvanezca, otra vez, en el aire.

## 11. Bibliografía citada

- Abrahamson, Peter (2004): review on Bauman's «Liquid Modernity», *Acta Sociologica*, Vol 47 (2), pp. 171 – 179.
- Alonso, Luis Enrique (2005): «» Entrevista en *Anthropos* (Número especial. Zygmunt Bauman. Teoría Social y ambivalencia. Una perspectiva crítica), N° 206, pp.27 – 30.
- Bačák, Valerio (2006): Review of Bauman's . «Liquid Modernity» in the *International Journal of Baudrillard Studies*, Volume 3, Number 2, July.
- Bauman, Zygmunt (2005b): «Autopercepción intelectual del proceso histórico» Entrevista en *Anthropos* (Número especial. Zygmunt Bauman. Teoría Social y ambivalencia. Una perspectiva crítica), N° 206, pp.27 – 30.
- Bauman, Zygmunt (2007): «Els reptes de l'educació en la modernitat líquida», Arcàdia, Barcelona, España.
- Bauman, Zygmunt (2005): «Modernidad y Ambivalencia», *Anthropos*, Barcelona, España.
- Bauman, Zygmunt (2004): «La Sociedad Sitiada», Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina.
- Bauman, Zygmunt (2004b): «Wasted Lives: Modernity and its Outcasts», Cambridge: Polity Press.
- Bauman, Zygmunt (2001): «Community: Seeking Safety in an Insecure World», Cambridge, UK, Polity Press.
- Bauman, Zygmunt (2000): «Modernidad Líquida»; Jorge Zahar Ed. Limitada.
- Bauman, Zygmunt (1999): «La globalización. Consecuencias humanas», Fondo de Cultura Económica, Mexico.
- Bauman, Zygmunt (1998): «Work, Consumerism and the New Poor», Buckingham: Open University Press.
- Bauman, Zygmunt (1997): «La posmodernidad y sus descontentos», Madrid, Akal.
- Bauman, Zygmunt (1987): «Legisladores e interpretes. Sobre intelectuales, modernidad y postmodernidad», Ed. Patria, México DF.
- Bauman, Zygmunt (1987b): «Modernidad y Holocausto», Madrid, Ed. Sequitur.
- Beilharz, Peter (2001): review of Bauman's «Liquid Modernity», *Contemporary Sociology*, Vol. 30, N° 4, Jul, pp. 420 – 423.
- Beilharz, Peter (2005): «La Modernidad de Bauman», *Anthropos* (Número especial. Zygmunt Bauman. Teoría Social y ambivalencia. Una perspectiva crítica), N° 206, pp. 72 – 89.
- Best, Shaun (1998): «Zygmunt Bauman: Personal Reflections within the Mainstream of Modernity», *The British Journal of Sociology*, Vol. 49, N°2, jun, pp. 311 – 320.
- Borges, Jorge Luis (1935): «Historia Universal de la Infamia».
- Giddens, Anthony (1989): «Las consecuencias de la modernidad», Alianza, Madrid.

- Kaplan, David (1975): review of Bauman's «Culture as Praxis», *Social Forces*, Vol. 53, N° 3, Mar, pp. 513 – 514.
- Lanceros, Patxi (2005): «Liquidez y contrato. Consideraciones sobre la modernidad líquida», *Anthropos* (Número especial. Zygmunt Bauman. Teoría Social y ambivalencia. Una perspectiva crítica), N° 206, pp. 105 – 115.
- Martino, John (1993): review of Bauman's «Intimations of Postmodern Controversies», *British Journal of Sociology*, Vol. 44, N° 1, mar, pp. 177 – 179.
- Pospone, Moishe (1992): review of Bauman's «Modernity and the Holocaust», *American Journal of Sociology*, Vol. 97, n° 5, mar, pp. 1521 – 1525.
- Schubert, Daniel J. (1993): review of Bauman's «Intimations of Postmodernity», *Social Forces*, Vol. N° 3, Mar, pp. 826 – 828.
- Sica, Alan (2002): review of «The Bauman Reader», *Contemporary Sociology*, Vol. 31, N° 1, Jan, pp. 96 – 97.
- Smart, Barry (1998): review of Bauman's «Postmodernity and its discontents», *Contemporary Sociology*, Vol. 27, N° 2, Mar, pp. 213 – 215.
- Tester, Keith (2002): review of Bauman's «Community: Seeking Safety in an Insecure World», *Contemporary Sociology*, vol 31, jul, pp 442 – 448.
- Wacquant, Loic (2000): «Las Cárceles de la Miseria», Buenos Aires, Ed. Manantial.

---

Fecha de recepción: 1.06.2008 Fecha de evaluación: 1.11.2008 Fecha de publicación: 15.1.2009